

Don Cuauhtémoc de la Mancha

Los mexicanos con toda justicia han elegido como primer héroe nacional a un joven muy inteligente y valeroso. Se llamó Hernando de Alvarado, mas por razones que luego veremos prefieren llamarlo Cuauhtémoc, vestirlo con ropajes que se suponen aztecas y encaramarlo, vaciado en bronce, sobre un monumento pompier-náhuatl, desde el cual apunta un venablo hacia el Palacio Nacional.

En resumen, lo han convertido en héroe indígena quizá porque fue hijo menor del tlacatecuhtli Ahuízotl, y porque era de la estirpe de Netzahualcóyotl, Axayácatl, Izcóatl, Acamapichtili y otros jefes guerreros tan reverenciados por su pueblo como detestados por los pueblos vecinos. Además, aprovechando el hecho de que Cuauhtémoc significa «sol poniente» o «águila del crepúsculo», lo han convertido en símbolo de una cultura moribunda. Y la iconografía al uso ha perpetuado de él una imagen de mártir, coronado de adjetivos como «estoico», «silencioso», «triste», «melancólico», con lo cual lo han convertido de una proyección de nuestra acidia.

Pero si realmente queremos que nuestros héroes sean chivos expiatorios y nos consuelen transformándose en paradigmas de servidumbres que suponemos virtudes (he ahí, sin ir más lejos, la pétrea incomunicabilidad impasible que los políticos le impusieron a Juárez, para luego justificar la suya propia), y si además insistimos en que nuestro héroe primigenio sea un caudillo azteca, un derrotado, un residuo de una civilización condenada a perecer por impotencia, a manos de otra civilización condenada a perecer en la esclerosis por sobra de potencia, pues entonces, ¡oh mexicanos!, nos hemos equivocado de héroe. Nuestro hombre no es Cuauhtémoc, sino su primo, Moctezuma Xocoyotzin, tlacatecuhtli de México-Tenochtitlan a la llegada de Cortés.

Moctezuma, hombre pío, totalmente envuelto por su religión, saturado de sus mitos, enfrenta el alud que la historia le vuelca en su palacio sin apartarse un ápice de su ortodoxia. Cuando, prisionero de los españoles, lo vemos sollozando, «llorando con las mayores lágrimas», en la penumbra de su cámara, no son de seguro ni la infamia ni la cobardía las que lo quebrantan, sino tal vez el desconcierto de quien ve desintegrarse su universo

y, sin rumbos para la acción, no sabiendo qué más hacer, se entrega a un sentimiento de orfandad absoluta y llora como es de suponerse que llorará el último hombre en el último anochecer de la tierra. Estamos ante un tenochca, es decir un hombre implacable y lacrimoso, triturado por una religión catastrófica, para la cual el fin del mundo no ocurría en la consumación de los tiempos, sino que acechaba en el recodo de una vida humana, quizá la propia.

Por más que nos esforzamos, no podemos aceptar a Moctezuma. Es posible que, en sus propios términos, deba considerársele un héroe. Pero sus términos no son los nuestros. No podemos asumirlo totalmente. Es un nahoa. Jamás podremos penetrar a fondo en su carácter, nos quedaremos siempre en puras hipótesis. Su mundo, el mundo azteca, por muchas reconstrucciones que hagamos de él, nos será impenetrable.

No podemos remediarlo. Moctezuma nos es incomprensible. Y vagamente repugnante. Justo porque no podemos descifrarlo. Ésa es precisamente la razón de la repugnancia –y la hostilidad– que puede despertar un extranjero, o uno de esos extranjeros absolutos que son los locos, o los profetas.

Con Cuauhtémoc, en cambio, nos sucede lo contrario. Desde el momento mismo en que irrumpe en la historia (él sí penetra por su propio impulso en la historia; Moctezuma se deja arrollar por ella) abre un discurso vital que podemos seguir hasta el fin, no sólo compartiéndolo, sino haciéndolo nuestro.

La manera de su irrupción es significativa. Frente al palacio de Axayácatl, una tradición lo saca –mozo de 24 años– de la muchedumbre tenochca para hacerlo tirar una pedrada contra Moctezuma, que allá, en la azotea, flanqueado por españoles, pide a su pueblo mansedumbres imposibles.

Esa pedrada –según autores señalada simbólicamente como causa de la muerte de Xocoyotzin– es algo más que un acto de negación ante un jefe intolerable. Más bien quiere decir un trastocamiento radical de las normas por las que se juzga a la cabeza de una comunidad tribal. Quiere decir un rechazo contundente de todo un orden, una religión, una cosmogonía, una manera de entender la vida del grupo. E inversamente, quiere decir la aceptación de un orden nuevo, de un caos trágico, de donde habrá que extraer, a fuerza de ánimo, algún sentido, después de abrazar con pleno coraje las circunstancias.

Para Cuauhtémoc, esas circunstancias son las creadas por una realidad imposible de eludir: la presencia de los españoles. Son la necesidad de habérselas –asimilándola– con otra manera de estructurar el universo. Son la exigencia de habérselas con una técnica y una filosofía diversas de hacer la guerra, con arreglo a fines y con instrumentos que no coincidían para nada ni con los fines ni con los instrumentos de los indígenas.

Dotado de una capacidad y una inteligencia excepcionales, Cuauhtémoc arrostra ese mundo cambiante no ya tratando de explicárselo mediante vetustos mitos convertidos en retórica vana, sino aceptándolo y tratando de domeñarlo en el momento y en la forma en que surge sobre los escombros del viejo. Quien tenga idea de las dificultades que entraña una transculturación podrá empezar a estimar la capacidad de Cuauhtémoc.

Desde el principio, el contraste con Moctezuma no hace más que acentuarse. Por ejemplo, en la manera de hablar. Los discursos de Cuauhtémoc responden a otro espíritu. Nada de nieblas mágicas, ni fórmulas rituales, ni lamentos, como con el Xocoyotzin. Al contrario, palabras de capitán, palabras al grano, ceñidas a la dureza de los acontecimientos. Las quejas de Moctezuma nos dejan sabor de cosa traducida, de algo que ha quedado sepultado en la lengua original. Cuando Cuauhtémoc abre los labios vierte conceptos que parecen vestirse con naturalidad del castellano del siglo XVI. Casi sorprende que hayan sido pronunciados en náhuatl.

También en su comportamiento político y su arte militar se observa en Cuauhtémoc un cambio sorprendente, respecto de lo que hubiera podido ser el comportamiento de un caudillo tenochca antes de 1519.

Habiendo captado el sentido y los alcances de la diplomacia de Cortés, Cuauhtémoc hace la tentativa de contrarrestarlos. ¿Cómo? Invirtiendo la conducta imperialista que México-Tenochtitlan había tenido tradicionalmente con los pueblos del Anáhuac. Así, en vísperas del sitio de la ciudad lacustre, envía embajadores inclusive a Tlaxcala ofreciendo alianzas, prometiendo quitar tributos y garantizando una paz permanente para lo sucesivo. Sin éxito, porque la confianza de esos pueblos corre a depositarse en las manos de Cortés.

En el terreno militar, eliminadas radicalmente las formas rituales de hacer la guerra, Cuauhtémoc reacciona a las marchas y maniobras por las que Cortés asegura los puntos fuertes en torno del lago, antes de intentar el asedio, mediante contramarchas y operaciones cuyo objeto era cortar las comunicaciones de los españoles, al mismo tiempo que elude en lo posible librar batallas campales, donde la superioridad técnica aseguraba la victoria a los conquistadores. Durante el asedio toma medidas hábiles para evitar la penetración en la ciudad, abre fosos, rompe calzadas y calles, permite que los adversarios entren para luego caerles por la retaguardia.

Todo esto lo hace por su propia responsabilidad, con una actitud ética sustentada en su persona. Ya no es un jefe tribal, emanado de la entidad mágica del grupo. Es un guerrero y un héroe renacentista, un *condottiero*, plantado por cuenta propia en el centro del mundo. Alguien a quien comprendemos de inmediato, sin que medien distancias ni vapores. Un hombre como nosotros, de nuestra cultura, con quien Michel de Montaigne podía

tener simpatía, diciendo que había sido «...un homme, non qu'un roy si grand et en fortune et en merite». Cuauhtémoc no es el último soberano azteca. Ese lúgubre honor le corresponde a Moctezuma. Cuauhtémoc es el primero de los mexicanos. Como nosotros.

Todo el drama posterior a la caída de Tenochtitlan, es también el proceso de consolidación del nuevo espacio histórico creado con la conquista. En ese espacio nuevo, Cortés y Cuauhtémoc representan sus respectivos papeles, no como indio el uno o como español el otro, en una contienda de pueblos que se tratan y permanecen extraños, sino como factores de un conflicto que ha pasado a ser de valores fundamentales y universales, como la libertad y la igualdad de los seres humanos. Los planteamientos que surgen en ese incendio trascienden tanto las estrechas miras del conquistador y su cristiano rey, como el enfoque bélico-religioso del tenochca. Al primero le brota delante de la espada todo ese zarzal ardiente de problemas que Las Casas planteará a gritos con largas consecuencias; al segundo, la sospecha de que el mundo de sus mayores acaso portaba dentro otros horizontes que esos sanguinolentos abonados por el espantado imperialismo de su grupo (ya hemos visto cómo, ante el asedio, se da a buscar alianzas).

Éste es el marco en el que culmina la tragedia, en tierras de Tabasco, camino de las Hibueras. Cortés ejecuta a Cuauhtémoc en Acalla, acusándolo de conjurar. Puede que haya tenido razón, puede que no. De todas maneras, la hipótesis de la conjura suscita preguntas que los mexicanos podíamos habernos planteado hace mucho tiempo, si no hubiéramos tenido a la historia más miedo que al presidente de la República. Por ejemplo: ¿se ha preguntado alguien qué fines perseguía Cuauhtémoc al conspirar? A un hombre de su inteligencia no podía escapársele que la presencia de los españoles era un hecho irreversible. Por otra parte, la ciudad de Tenochtitlan había desaparecido junto con su población. Él mismo había sido testigo de cómo la habían arrasado las demoliciones, de cómo se había trazado la nueva ciudad, a cordel, con su plaza de armas y el asiento de los nuevos poderes. También había visto llegar, en corriente ininterrumpida, más y más europeos. Entonces, puesto que no tenía ninguna base económico-militar, ¿qué podía haberse propuesto obtener conjurando contra los españoles? Si retornar a Tenochtitlan era imposible y reconstruir al grupo una quimera, ¿qué acción proyectaba? ¿Qué posible organización tenía en la mente? ¿Qué país podía haber estado imaginando como posible en el momento de morir? ¿Se proponía acaso –Che Cuauhtémoc– levantar una campaña de guerrillas que incubara un conflicto perpetuo que a la larga fuera una victoria? ¿O se proponía –don Cuauhtémoc de la Mancha– agotar gratis las posibilidades de un combate contra fuerzas superiores por la pura alegría de vivir y perecer consumiendo las puertas de la libertad?

A Cuauhtémoc lo hemos petrificado, quizá porque escandaliza pensar en él como un héroe espantosamente activo. Un genio que asume los nuevos valores que le caen encima y enriquece la cultura de Occidente, a la que en fin de cuentas se incorpora combatiéndola. Quizá porque visto bajo esta luz deja de ser el «joven abuelo» consolador y se transforma en un motor de inconformidad. En el prototipo de un hombre nuevo que trasciende, en la selva de Tabasco, lo que los españoles aún no empezaban a construir.

Sin embargo, es ahí donde está el mérito de este varón singular. Yo prefiero verlo, ya bautizado con nombre de hidalgo hispano, sin lugar alguno adonde ir, solo, sin nada en la mano, pero todavía dispuesto a la rebeldía para jugarse el alma en un vacío que hubiera hecho flaquear a más de un hombre.

Con la misma ira con que acaso lanzó su guijarro legendario, en su capital desaparecida, contra la frente de un rey pío que a la postre no era sino el representante de un «sistema». Un «sistema» incapaz de afrontar las nuevas circunstancias. Y me complace pensar que los cronistas se equivocaron, que lo que gritó el joven Cuauhtémoc en ese momento no fue lo que transcribieron, sino *Quiyolyocoya ihuic in petlatl in icpalli!* Que es como se diría en náhuatl «¡La imaginación al poder!»

Jorge Hernández Campos



Toledo